

Borges y la disolución de la metafísica

Daniel Vera

*"Hacer un descubrimiento es como
despertar de un sueño"*

P. K. Feyerabend

Epígono y Precursor. Se escribe Borges, pero se pronuncia Gorgias. Una variante, tal vez una síntesis de escritura y pronunciación, es Georgie L., 'L.' que algunos leen 'Luis' y otros 'Leontino'. Textos Barrocos. Ficciones barroquísimas: *hipertélicas*, para emplear la palabra que aprendí con Severo Sarduy, la importancia de ser severo, que la aprendió con Nabokov o con algún otro entomólogo: las letras figuran insectos, traigan a Kafka. Textos facticios que van más allá de su fin declarado, asombrar o entretener, y disuelven en su desborde, con su exceso, lo que habitualmente se llama Ser o Realidad, no porque sean expresiones de algo irreal, sino porque al fin y al cabo de su lectura sólo quedan expresiones de irrealidad: declaran que la metafísica es una rama de la literatura fantástica y muestran con ello el sinsentido de la oposición misma entre 'real' e 'irreal', tenga ésta lugar en las clásicas aulas de Ontología o en las no menos ampulosas de Ideología y Comunicación. Pero si esa taxonomía es ilusoria, cualquier otra lo es; ahí radica el pecado original, el vicio empedernido, de las presuntas versiones de la realidad, y si alguna de estas presunciones se impone circunstancialmente a las demás, porque cada versión es la versión y su circunstancia, sólo lo hace por el poder de la costumbre, el poder de la voluntad o algún otro poder espurio. Tengo prometido, *the unending gift*: ¿'gift' es palabra inglesa o palabra alemana?, desde hace años, *work in progress*, un extenso catálogo de lugares borgescos para ilustrar la susodicha tesis, que sin embargo no se ha de describir como *Finnegan's wake*, despertar de Finnegan,

sino que se ha de llamar '*Acerca de lo que no hay*', calco, traducción o metáfora de aquel otro título '*Peri toy me ontos e peri physeos*', que lo fue también de un despertar, de una vituperada y desatendida vigilia, que invitaba a dejar de soñar el triple sueño de una realidad última, del conocimiento de esa realidad y de la comunicación de ese conocimiento; me limitaré en estas notas a señalar algunas afinidades entre Gorgias de Leontini y Borges de Palermo, reunidos por lo pronto en una toponimia siciliana, en una geografía difusa donde se entrecruzan los rasgos de la historia con los de la evocación y la nostalgia, intrincados senderos que propagan la continuidad de los parques.

Los intratables. Un escéptico no trataría de escribir un tratado sobre ninguna materia ; en todo caso su tratamiento sería un pretexto (o un postexto) para mostrar la imposibilidad, o la ridiculez, de un tratamiento semejante. Pero si alguien que no fuera escéptico, un metafísico de pura cepa, tratara de escribir un tratado sobre el escepticismo, entraría de inmediato en el seguro camino del fracaso. Nada es menos tratable que el escepticismo y tampoco nadie es menos tratable que el escéptico, a no ser que se trate de *no* escribir un tratado: entonces nada y nadie son más tratables que el escepticismo y los escépticos: sólo tratan de convencernos de que nuestras convicciones son un hecho humano y no un derecho divino. Ante el metafísico de capa y espada en cambio, o bien calla y, como lo señaló Aristóteles, es ridículo o ridículamente imposible, tratar con quien no habla, aunque deje el módico consuelo de llamarlo vegetal o de someterlo a las leyes refranescas, según las cuales, el que calla, otorga; o bien el escéptico habla y, contra las previsiones aristotélicas, tampoco es posible tratar con él, porque elude el discurso directo y unívoco, en cuyo ámbito se sabe inefable, y apela a las expresiones oblicuas: a la ambigüedad, a la vaguedad, a la heteronimia, a la ironía, al humor, a la poesía, en suma, se refugia en la invención de ficciones y desde esos centros confesadamente vacíos, *das Innere ein Vakuum*, disemina un hálito a la vez envolvente y disolvente en cuya suspensión se agita el universo entero. Si la metafísica es el anhelo de certeza vestido con los hábitos de la certidumbre alcanzada, quizá valga para el escepticismo la descripción que Milan Kundera propone para la novela y convenga llamarlo también "sabiduría de la incertidumbre". Cuando argumenta, el escéptico lo hace por cortesía, lo cortés no quita lo evidente, para mostrar que cualquier argumento llevado a sus últimas consecuencias se vuelve

paradójico, o sea que las evidencias son circunstanciales; cuando el metafísico concluye que el argumento del escéptico es contradictorio, da muestra con ello de no haberlo entendido del todo mal; le resta solamente generalizar la conclusión para encontrarse otra vez por medio del trilema de Münchhausen en el lugar que pretendía haber dejado: la insatisfacción teórica.

No hay comunicación. De los tres estadios de la metafísica, ampulosamente denominados Ontología, Ideología -que viene a ser una epistemología con jinetas metafísicas- y Comunicación, arrasados por el libro de Gorgias, arrasado luego por el olvido, “nuestra mente es porosa para el olvido; yo mismo estoy falseando y perdiendo, bajo la trágica erosión de los años, los rasgos de Beatriz”. (O.C.,I,628), ese depredador obcecado y borgiano de las ilusiones humanas - y Borges mismo es una ilusión, sombra pindárica de un sueño: “aquí mi sombra en la no menos vana sombra final se perderá, ligera.” (O.C.,II,325), de esos tres estadios, el último es quizás nuestro más próximo prójimo: somos contemporáneos de una (o hacia una) metafísica de la comunicación. Que no hay comunicación en el sentido último de la palabra, y la metafísica es “ciencia de lo último” anuncia Hugo Dingler con voluntad de sistema, es la tesis de *“El idioma analítico de John Wilkins”*, ese breve ensayo de J.L.B que despertó a Foucault de su sueño estructuralista, y se deja enunciar en estas líneas, que son de Chesterton, pero se pueden atribuir menardianamente a Borges, porque se hace uso y no mención de ellas: “El hombre sabe que hay en el alma tintes más desconcertantes, más innumerables y más anónimos que los colores de una selva otoñal... cree, sin embargo, que esos tintes, en todas sus fisiones y conversiones son representables con precisión por un mecanismo arbitrario de gruñidos y de chillidos. Cree que del interior de un bolsista salen realmente ruidos que significan todos los misterios de la memoria y todas las agonías del anhelo”. (O.C.,II,87)

No hay conocimiento. Si no es posible comunicar más que “penúltimas versiones de la realidad”, tal vez sólo antepenúltimas, tampoco tienen un grado superior las ideas que nos hacemos acerca de lo que tenemos por real; lo que se llama conocimiento se frustra cuando se enuncia como supremo: “...los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la

Cartografía, las Generaciones Sigüientes entendieron que ese dilatado Mapa era inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las inclemencias del Sol y de los Inviernos.” (O.C.,II,225). A esto conduce el “rigor en la ciencia”. O bien “un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara” (O.C.,II,232).

En un caso, cuando el conocimiento reproduce la realidad, cuando la representa fielmente, es inútil; en el otro, cuando no la representa, es equivocado. Una tercera negación se encuentra en el cuento “*la muerte y la brújula*”, donde el autor explota la circunstancia, notada al pasar por Aristóteles y exaltada por Karl Popper, de que es posible extraer consecuencias verdaderas de premisas falsas; el infierno, tan temido por los trascendentalistas, de que la verdad de una afirmación nada dice de la verdad de sus arrogantes supuestos. Una cuarta negación afecta al conocimiento histórico en “*El tema del traidor y del héroe*”, el traidor que es héroe, el héroe que es traidor, la ambivalencia de los roles en las espantosas puestas en escena en los acontecimientos históricos: los políticos como actores, los actores como políticos, viven y mueren en el teatro, a veces con una precisión literal; esa ambivalencia hace que el descubrimiento de una trama latente en una trama patente, de una realidad en la apariencia, no revista significación: “En la obra de Nolan, los pasajes imitados de Shakespeare son los *menos* dramáticos, Ryan sospecha que el autor los intercaló para que una persona en el porvenir diera con la verdad. Comprende que él también forma parte de la trama de Nolan... resuelve silenciar el descubrimiento.” (O.C.,I,498). Quizás como se dice en otro lugar, la historia universal sea la historia de la diversa entonación de algunas metáforas (O.C.,II,16), a veces los protagonistas no saben que mueren para que se repita una escena (O.C.,II,171).

“Estimar las ideas religiosas o filosóficas por su valor estético, y aún por lo que encierran de singular y maravilloso...es quizás indicio de un escepticismo esencial.”(O.C.,II,153).

No hay ser. Podría no haber comunicación, las versiones, de por sí rudas metáforas de sutilísimas intuiciones, podrían ser perversiones, descomposiciones arbitrarias y polimorfas de formas únicas y necesarias; podría no haber

conocimiento, y estas formas únicas, estas ideas que nos hacemos de algo podrían no tener idea de ese algo y manifestarse tan azarosamente como la lotería en Babilonia, y sin embargo podría haber algo, algo último, una realidad definitiva y el tercer paso de Borges no coincidiría con el primer paso de Gorgias. La 'x' de la cosa en sí kantiana, o del algún mal armado *poeme* en 'x', podría perdurar en los desiertos del Oeste, reliquia de la Disciplinas Ontológicas. El nihilismo¹ comunicativo y el nihilismo ideológico cedería al fin ante el realismo ontológico. En "*El Zahir*", *Borges*, otra vez personaje de Borges, da con un objeto absoluto: "*Zahir*, en árabe, quiere decir notorio, visible; en tal sentido, es uno de los noventa y nueve nombres de Dios; la plebe, en tierras musulmanas, lo dice de 'los seres o cosas que tienen la terrible virtud de ser inolvidables y cuya imagen termina por enloquecer a la gente'" (O.C.I,593). ¿Es necesario recordar que, en griego, el ser verdadero, el *alethés to on*, es, literalmente, el ser privado del olvido? Al Yemení, siempre en el cuento, dijo que "no había criatura en el orbe que no propendiera a *Zaheer*, pero que el Todomisericordioso no permite que dos cosas lo sean a un tiempo, ya que una sola puede fascinar muchedumbres. Dijo que siempre hay un *Zahir* y que en la Edad de la Ignorancia fue el ídolo que se llamó *Yaúq* y después un profeta del Jorasán, que usaba un velo recamado de piedras o una máscara de oro. También dijo que Dios es inescrutable" (O.C.,II,594). Allá encuentro un eco de Spinoza, todas las cosas tienden a perseverar en su ser, y aquí, en la enumeración, una analogía, acaso casual, con la "abbau" heideggeriana de la epocalización del ser en entidades determinadas y su recurso al misterio. "El *Zahir* es la sombra de la Rosa y la rasgadura del Velo." (O.C.,I,594). *Zahir* y tiempo. El misterio del *Zahir*. El *Zahir* y la Nada: "Para perderse en Dios, los sufíes repiten su propio nombre o los noventa y nueve nombres divinos hasta que estos ya nada quieren decir. Yo anhelo recorrer esa senda. Quizás yo acabe por gastar el *Zahir* a fuerza de pensarlo y repensarlo; quizás detrás de la moneda este Dios" (O.C.,I,595). Ese quizás del detrás, que alude al inasible nómeno, podría parecer para algunos, inadvertidos de la ironía y el sarcasmo, que dejaba boyando por ahí, en algún lugar sin lugar, en un tiempo sin tiempo, una pizca irreductible de realidad metafísica, como si la humanidad no hubiese gastado el ser a fuerza de pensarlo y repensarlo, como si el curso de la ficción hipertélica hubiera encontrado un límite para su tantálica expansión. Pero la ficción arrasa también esa ambigua resistencia. Para el metafísico hay también una distinción última, la madre de todas las distinciones, el huevo

nuclear del que nacen todas las taxonomías, sean o no sistemáticas, y es la distinción entre Apariencia y Realidad; aunque a veces se ha querido salvar aquello, o *aquellas*: las apariencias son muchas, la realidad es una; en general vale que la Apariencia parece, pero no es y la Realidad no parece, ni comparece, pero es. Lo digno de buscarse, entonces, no es el Zahir, sino lo que este encubre, el Ser detrás de los seres. En *El Disco*, Borges escribe: “Es el disco de Odín. Tiene un sólo lado. En la tierra no hay otra cosa que tenga un sólo lado. Mientras esté en mi mano seré el rey... Entonces yo sentí la codicia de poseer el disco. Si fuera mío, lo podría vender por una barra de oro y sería un rey...Me dio la espalda. Un hachazo en la nuca bastó y sobró para que vacilara y cayera, pero al caer abrió la mano y en el aire vi el brillo. Marqué bien el lugar y arrastré el muerto hasta el arroyo que estaba muy crecido. Ahí lo tiré. Al volver a mi casa busqué el disco. No lo encontré. Hace años que lo sigo buscando”(O.C.,III,67). El empeño tras el substrato imperceptible del mundo perceptible, lo esencial es invisible a los ojos, conduce a una o dos pérdidas irreparables. En las primeras líneas de este artículo cité a Severo Sarduy, hacia el final quiero recordar unas palabras suyas todavía más severas, escritas a propósito de Tápies, el pintor, pero que por esos laberintos comunicantes de la literatura llegan aquí como epigrama para Borges, el escritor: “Ninguna trascendencia. Ninguna metafísica. El código no es admitido ni desmentido. Ni afirmación, ni negación, ni anulación de los contrarios. Discusión y crisis, fin de la ontología.” (*La Simulación*, p.106).

Epílogo onírico. Hacer un descubrimiento es como despertar de un sueño, pero quien despierta lo hace dentro de otro sueño, aunque no lo sepa, como el mago de la pirámide Qaholom: “Ni una arena soñada puede matarme ni hay sueños que estén dentro de sueños. Un resplandor me despertó... Vi la cara y las manos del carcelero, la roldana, el cordel, la carne y los cántaros”(O.C., I, 598) y permanezca encerrado en su cárcel; aunque lo sepa, como el anónimo habitante de las ruinas circulares, que “caminó contra los jirones de fuego. Estos no mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo”(O. C., I, 455). En efecto, “quizás la serie de los sueños no tenga fin, quizás la clave está en el último”(O. C.,II,23).

Notas

¹ *Nihil*, nada, quiere decir “ninguna cosa” o “no cosa”, “no-thing”, como se transparenta en inglés. *Nihilismo* es palabra de estirpe teológica: Dios, para algunos teólogos, no es una cosa. De acuerdo con mi lectura, para Gorgias Luis Borges el lenguaje no es una cosa, las ideas no son cosas y, en el colmo de la irrealidad, la cosas no son cosas en cuanto cosas, sino en cuanto casos.

² Las citas de Borges remiten a sus Obras Completas (O. C.), en tres tomos (I, II, III) y los números arábigos indican la página, Emecé editores, 1993. *La simulación*, de Severo Sarduy, fue publicada en 1982 por Monte Avila; para Gorgias puede consultarse la edición de sus *Fragmentos* por Pedro Tapia Zuñiga, UNAM, 1980; el verso alemán intercalado por ahí pertenece a Gottfried Benn. Etcétera.